

(Publicado en Béjar.Biz. Febrero de 2009)

MÁS COSAS DE LA VIDA

J. Francisco Fabián

Lamento el oportunismo del tema de fondo, pero es que la actualidad va cargada y a tal velocidad de acontecimientos, que a uno no le da tiempo más que a tratar los temas que están en puro candelero. Me he preguntado muchas veces a propósito de barbaries humanas de actualidad cómo serán las 24 horas del día, los tipos que se dedican a inventar armas para que se mate la gente. Y no ya sólo a inventar lo fácil, sino lo sofisticado y enrevesado, que parece más cosa de enfermos. Por ejemplo, los que hayan inventado las bombas de racimo o las de fósforo que los israelíes han experimentado sobre los palestinos de Gaza. Estas últimas son bombas para infundir terror y un daño muy estudiado. Ya no es que te maten, lo que quieren es joder lo más posible. Disculpen ese verbo, pero es que es la palabra, no encontraba nada más apropiado. Explotan en el aire y caen en una lluvia de partículas, ardiendo cuando están en contacto con la piel, ¡y sin posibilidad de apagarse! (Pónganse por un momento en el pellejo de uno al que le haya caído encima este invento... ¿Ya?. Vale. Sigo). Las de racimo llevan una bomba principal, que explota dejando caer multitud de bombitas y que pueden explotar o no. Si explotan, pues eso: explotan y si andabas por allí, que andaría porque para eso te tiraban las bombas, te matan o te dejan herido. Pero si no explotan, se entierran para que si no te han matado, las pises y te dejen cojo para toda la vida. O si eres un niño, dado que son como pelotitas, la cojas entusiasmado y al ir a jugar con tus amigos, ¡pum!

Clamar contra la barbaridad está tan visto que ya resulta hasta un tópico pesado en esta actualidad tan nuestra que se nutre de novedades, aunque sean trágicas. Por eso yo he querido ir al origen de la cadena de barbaridad a ver si le encuentro alguna respuesta y con eso hablar de estas cosas resulta menos tópico. Ya sabemos que los países son en sí mismos bastante malos, porque a la que pueden (todos) o les hacen poder, la lían parda, hacen una guerra contra otros, se matan encarnizadamente un tiempo, luego hacen la paz y un tiempo después, vuelven a pelarse de nuevo con otros o con los mismos. La Historia nos muestra este panorama tan decepcionante y sin dios. Pero ¿y el sujeto que inventa apasionadamente las bombas?. Y ese tipo, ¿qué decimos de ese tipo?. Porque las bombas no se inventan solas, las inventa un tipo en un laboratorio ayudado de otros tipos, que saben también lo que están inventando. Y lo inventan primero y lo perfeccionan después y le van sacando cada vez más flecos terribles, que para ellos son sin duda superaciones en sus carreras hacia el Nóbel de algo o para ganar una cátedra o para subir más que otro con el que andan en competencia. Pero no crean que estos individuos son gente rara con rabo y cuernos como el diablo. ¡Qué va!. Los ves por la calle o en el parque y no dirías que ese señor estuvo meses devanándose el cerebro con un equipo para inventar cosas tan terribles. Esos tipos por la mañana despertarán con un beso a sus hijos, que tendrán todavía en la memoria el cuento que les contó para dormirlos dulcemente por la noche. Querrán a sus hijos con locura como los queremos usted o yo. Les llevarán al colegio y cuando les vean caminar con la mochila a la espalda, con ese aire precioso que tienen los críos caminando así, sentirán que qué preciosa es la niñez y qué maravilloso el mundo de los niños, todo él. Y luego se irán al trabajo. Saludarán al conserje con educación y se detendrán un momento para preguntarle por su señora, que la han operado de piedras en la vesícula. Y el conserje se reiterará en lo que ya pensaba, en que qué amable es este señor, tan importante y tan famoso. Y a primera hora se reunirá, ya con la bata blanca puesta, en la que luce sobre el bolsillo una placa con un “Prof. Chapman” o “Darentport” o “Profesor Benitez”, que en todas partes cuecen habas. Sentados

a una mesa, todos de blanco, como angelitos, el jefe del equipo irrumpirá con la solemnidad de los que son jefes de los demás: “Diga usted, señor Jhonsons ¿qué se le ocurre para perfeccionar la PSX-5alfa? (Evitarán llamarla “bomba”, porque para ellos no es una bomba, es la PSX-5alfa, que luego los políticos (¡¡ay los políticos!!) la convierten en “bomba”. Pero son los políticos, que ellos han inventado la PSX-5alfa. Que quede claro). Y el lechuguino sapientísimo del equipo inventor de bombas –aunque a ellos no les guste la palabra-, que está aprendiendo lo necesario para dirigir algún día un equipo propio con el que inventar lo que se tercié, que era un monstruo en física, en química y en todo lo que se le cruzaba por medio, responderá: “Yo le pondría unas partículas de fósforo, que en contacto con la piel ardan y dejen la epidermis y la dermis del receptor (dirán receptor, nada de enemigo) que ni picado de viruelas”. “Parece una excelente idea, señor Jhonsons”, le responderá el amable jefe del departamento. Para sí mismo este eminente investigador, al oírlo habrá pensado que de ésta lo mismo le cae el Nóbel de Física y Química, que sería lo máximo para él, para su señora y para su madre, que como todas las madres, estará orgullosa de su hijo. Y desde ese momento se pondrán manos a la obra, para concluir su invento lo antes posible. Y lo harán así, tan tranquilamente, con el entusiasmo con que Ferrán Adriá se pone a trabajar en la deconstrucción del chorizo, el día que se le ocurra deconstruirlo. Entre tanto pasarán los días y este hombre y su equipo se habrán levantado, besado y llevado a sus hijos al colegio, le habrán dado una limosna a un mendigo, habrán escuchado a Mozart, habrán asistido con devoción a los servicios religiosos un domingo y habrán sido amables con la anciana vecina señora Madelen o doña Trini, que ya digo que en todas partes cuecen habas, cuando ésta le haya ido a pedir un pimiento morrón que se le ha olvidado traer al señor Harry S. Willians del Drug-Store o al Sr. José María del DIA. Y por las noches les darán gracias al Señor como cualquiera por haberles concedido un día más de vida. Y el Señor, a cambio, no les dará dos leches bien dadas. No. No se las dará. Pasarán unos días y al final el jefe de proyectos presentará el invento en una reunión con señores trajeados, que también han despertado a sus hijos con besos y que en la intimidad tienen ratos de dulzura a raudales. ”Les presento la bomba de fósforo, señores. No se pueden imaginar como se puede joder con esto, si se ponen a ello”. El invento será acogido con entusiasmo por el consejo de administración de la fábrica de bombas, que garantizará un crecimiento de 30% para los próximos cinco años, en cuanto empiecen a colocarla por los países. “Excelente trabajo señor Dogherty, felicite a su gente”... “Y, dígame, señor Barrimor ¿están trabajando en algo nuevo?”. “Si, señor Dogherty, trabajamos en la idea de ponerle a esta misma bomba unas partículas de uranio que se activarán seis meses después de curadas las heridas del fósforo ardiente, creando una amalgama de tumores malignos cuya interacción entre ellos provocará un proceso canceroso con una duración de entre seis meses y un año”. “¿Quiere decir, señor Barrimor, que la población afectada, que preveo numerosa, va a necesitar médicos para el tratamiento?”. “Efectivamente, señor Dogherty”. “¿Y medicamentos para tratarlos hasta que se mueran?”. “Está usted en lo cierto, señor”. “Convóqueme una reunión con el ministro de Sanidad y Solidaridad para con los países devastados por las guerras, señorita Walas. Dígale que tenemos algo que le interesa”, dirá dirigiéndose a su secretaria, con tacones, medias de cristal y falda de tubo hasta la rodilla.

No hace falta decir que el señor Dogherty, el ministro, los subsecretarios y el mismo presidente y otros presidentes con los que ese presidente va a hacer negocio político-económico a través de las bombas de fósforo o de racimo o de lo que se les ocurra al equipo de inocentes científicos, se levantarán por las mañanas y besarán a los suyos, se llevarán las manos a la cabeza ante las tragedias de los telediaros y rezarán de corazón a Dios Todopoderoso, a Yahvé, a Alá o a lo que les haya dado por creer. Y si al salir a pasear al perro el sábado, en el radiante día de primavera, se encontraran a una entrevistadora de 18 años haciendo encuestas para sacar unas perrillas, le dirían con mucha seguridad: “Aspiro a

un mundo mejor”, cosa que habrá dicho también, si se le puso por delante, en un programa de entrevistas a corazón abierto, cruzando las manos y hablando despacio como el que sabe lo que quiere y lo que necesita el mundo...

¡Qué rara es la cosa del ser humano! Usted me contestará: “¡Ya te digo!”. Si ha sido así, yo quiero rematar concluyendo: “Pues eso, ¡ay dios!” (Sí, efectivamente, dios con minúscula, no es una errata).